



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

05.- El milagro de los peces



unánimes

Estudios Bíblicos

N.05.- El milagro de los peces

1. El texto

Lucas 5:1-11

Aconteció que estando Jesús junto al Lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. Vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; los pescadores habían descendido de ellas y lavaban sus redes. Entró en una de aquellas barcas, la cual era de Simón y le rogó que la apartara de tierra un poco. Luego, sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón:

—Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.

Respondiendo Simón, le dijo:

—Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado; pero en tu palabra echaré la red.

Cuando lo hicieron, recogieron tal cantidad de peces que su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca para que acudieran a ayudarlos. Ellos vinieron y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo:

—Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.

Por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él y de todos los que estaban con él, y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón:

—No temas; desde ahora serás pescador de hombres.

Trajeron a tierra las barcas y, dejándolo todo, lo siguieron.

2. Introducción

Aquí nuevamente, como ocurre, frecuentemente, Lucas es indefinido en cuanto al tiempo. Sin embargo, obsérvese lo siguiente: (a) encontramos a Jesús todavía en Galilea, (b) los discípulos aún están siendo llamados (c) parecería que Leví (Mateo) todavía no se ha unido al grupo y (d) como grupo, los Doce aún no han sido escogidos ni comisionados. Por otra parte, (e) “el llamamiento de los cuatro pescadores” ya se ha realizado.

El acontecimiento narrado aquí es significativo y aun emocionante. Es todo esto debido a que muestra qué maravilloso Salvador es Jesús. Él es revelado aquí en cinco sentidos, de modo que cada uno de los cinco párrafos presenta un aspecto de su grandeza; en el presente estudio vamos a analizarlos.

3. Su sabiduría práctica

Aconteció que estando Jesús junto al Lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. Vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; los pescadores habían descendido de ellas y lavaban sus redes. Entró en una de aquellas barcas, la cual era de Simón y le rogó que la apartara de tierra un poco. Luego, sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud.

Se verá claramente que la sabiduría práctica de Jesús se revela en estos primeros tres versículos. La situación era la siguiente: Jesús se encontraba a la orilla de aquella extensión de agua que Lucas llama siempre “lago”, los otros evangelistas “mar”. En este caso Lucas agrega “de Genesaret” (según algunos, quiere decir “jardín principesco”) y es la llanura adjunta completamente fértil (al sur de Capernaum). El Orador, con su modo cautivante y autoritativo que le era propio, estaba llevando la palabra o mensaje de Dios a la multitud. Ese mensaje era “el evangelio del reino”, el reinado de Dios en los corazones, las vidas y en todas las esferas del ser.

Tan grande era la multitud reunida, que Aquel que les hablaba estaba siendo literalmente apretujado. La gente lo empujaba más y más. Entonces Jesús vio dos barcas de pescadores en la ribera del lago. Estaban vacías; sus ocupantes habían bajado a tierra para lavar sus redes, a fin de dejarlas preparadas para la próxima salida a pescar. Entonces, para resolver su problema, Jesús subió a una de las barcas y pidió a su dueño que la alejara un poco de la orilla. Habiendo llegado a un lugar que no estaba muy cerca de tierra ni demasiado retirado, el Señor se sentó (la posición que se acostumbraba para hablar al público) y comenzó una vez más a enseñar—o continuó enseñando—a la multitud.

Ciertamente esta era una forma muy práctica de resolver un problema. Nada había de rígido o inflexible en el método que Jesús usó para alcanzar a la gente. Dentro de lo razonable, casi cualquier cosa podía servirle de púlpito. Muchas veces predicó o enseñó en el culto normal de la sinagoga y en Judea también en el templo. Pero no se limitó a la sinagoga y al templo. A veces escogió un lugar adecuado en una montaña como su púlpito o una casa o un desierto o un cementerio. En este caso, el hablar sentado desde una barca de pescadores proporcionaba no solamente una posición más cómoda sino también una vista mejor del auditorio, e incluso una mejor acústica.

Sin embargo, en este hecho Jesús revela su sabiduría práctica también de otro modo. El dueño de la barca desde la cual Jesús hablaba ahora a la gente era Simón. A Él dirigió la petición de alejar la barca, junto con su Maestro, un poco de la orilla. A este mismo hom-

bre, a Simón, el Señor había concedido ya muchas bendiciones. Le había “llamado”, no una sino dos veces. Había visitado su hogar, e incluso había sanado a la suegra de este pescador. Pero ahora hace exactamente lo contrario: ¡pide a Simón que le presente un servicio ¡a Él! Los predicadores, maestros y líderes de hoy deben considerar muy seriamente esta lección práctica. Si quieren que sus iglesias, clases o grupos, cualquiera que sea, crezcan numérica y espiritualmente, no solamente hagan cosas para el grupo, sino también pídanles que ellos hagan algunas cosas por la buena causa. ¡Den participación a su gente!

4. Su conocimiento penetrante

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón:

—Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.

Respondiendo Simón, le dijo:

—Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado; pero en tu palabra echaré la red.

Cuando Jesús hubo acabado de hablar a la multitud, dijo a Simón que llevara la barca a donde el agua fuera profunda y luego, con la ayuda de sus hombres, lanzara las redes con el propósito de pescar. Nótese aquí el cambio del singular al plural. Esto supone más de una persona para arrojar las redes.

La barca a que se refiere Lucas probablemente era más bien grande, con espacio suficiente para Jesús y sus discípulos. Por lo tanto, es razonable suponer que ahora, junto con Jesús y Simón había otros en esta barca. Uno de ellos puede haber sido Andrés, hermano de Pedro, aunque no se le menciona por nombre en ningún momento durante este relato. Debe concederse también la posibilidad de que Simón y sus socios hayan empleado un grupo de jornaleros.

Humanamente hablando, la orden que Jesús dio—“Boga mar adentro y ...”—era extraña. ¡Un carpintero diciendo a un experimentado pescador cómo pescar! Jesús le estaba mandando a pescar en un lugar y a una hora que no ofrecían mayores expectativas, esto es, en aguas profundas y a plena luz del día. Hay que tener presente que Jesús había hablado a la gente en la playa en dos oportunidades, presumiblemente en forma extensa cada vez. Por lo tanto, a esta hora bien puede haber sido el mediodía. Los pescadores bien sabían que los peces al medio día no suben a la superficie pues el sol ilumina y calienta el agua y eso les perjudica. Es por eso que los pescadores salen a pescar de noche. La orden de Jesús era totalmente contraria al conocimiento de pesca que ellos tenían.

En conformidad con esto, cuando Simón recibe esta orden, surgen y se ponen en conflicto

la fe y la duda, la confianza y la desconfianza. Su pericia como pescador le hace dudar y sugiere que no debe obedecer a Jesús. Su conciencia iluminada por la fe le indica que debe obedecer. La fe vence, si bien el escepticismo no desaparece del todo. *Simón respondió: Maestro—este es el sustituto que Lucas usa constantemente en lugar de la palabra Rabí de los otros Evangelios—, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado; pero en tu palabra echaré la red.* Sin duda esto no lo iba a hacer solo, sino con la ayuda de sus jornaleros, de modo que la traducción bien podría ser: “Haré que sean echadas las redes”.

En la orden de Jesús está implícito el hecho de que sabía que en el punto donde Simón echaría las redes habría gran abundancia de peces. ¿Cómo lo sabía? Aquí estamos enfrentados a un misterio. No se puede negar que aun durante su peregrinación terrenal, en conformidad con su naturaleza divina, Jesús era omnisciente, esto es, todo lo sabía. Él conocía la ubicación de los peces. El también sabía dónde estarían los seres humanos y qué estarían haciendo en este o aquel momento en particular. Aun estaba al tanto del contenido y los pensamientos de los corazones y mentes. Sin embargo, en conformidad con su naturaleza humana, su conocimiento estaba limitado. Está completamente fuera de toda comprensión humana cómo estas dos naturalezas, que poseía cada una ciertas características que la distinguían de la otra, podían estar inseparablemente unidas en una persona divina. Lo mejor que podemos hacer, cuando contemplamos este gran misterio, es recibir consuelo y fortaleza del conocimiento penetrante de nuestro Salvador, de modo que junto con Simón Pedro exclamemos: “Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te quiero”.

Hasta aquí nos hemos referido solamente a la omnisciencia de Cristo. Pero de conformidad con su naturaleza divina, Él no solamente era omnisciente sino también omnipotente. Por lo tanto, no podemos excluir la posibilidad de que no solamente supiera que en cierto momento ese enorme cardumen de peces se encontraría en un lugar determinado, ¡sino que realmente Él mismo lo haya dirigido hacia ese lugar! Y si eso es lo que ocurrió, entonces era muy natural que Él supiera dónde estarían.

5. Su profunda y abundante generosidad

Cuando lo hicieron, recogieron tal cantidad de peces que su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca para que acudieran a ayudarlos. Ellos vinieron y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían.

Tan enorme era la cantidad de peces atrapados que las redes comenzaban a romperse. El sentido no puede ser que comenzaron a rasgarse de modo que los peces podían escapar na-

dando, sino que se oían sonidos asociados con la ruptura de una cuerdecilla aquí, otra allá. Debido a esta emergencia—las redes que comenzaban a ceder y la inadecuada capacidad de la barca—Simón y sus compañeros hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que acudieran a socorrerlos.

Nótese: ellos “hicieron señas”. ¿Por qué no gritaron? Recordamos que habían dos barcas. Una respuesta, entonces, podría ser que uno de las barcas todavía estaba en la playa o por lo menos estaba demasiado lejos de la primera como para estar al alcance de la voz. La primera barca estaba “mar adentro”; la segunda podría no haber estado cerca. Otra solución sería que, debido a su misma ocupación, los pescadores tuvieran por costumbre comunicarse no por medio de gritos sino por medio de señales.

¿Quiénes eran los compañeros de la otra barca? Las opiniones están divididas. Algunos dicen que eran “asalariados”; otros dicen que los hombres a quienes se hizo señas y los hijos de Zebedeo eran las mismas personas. La posición de que eran los mismos en ambos casos, a saber los hijos de Zebedeo, Jacobo y Juan, que eran compañeros de oficio de Simón y tal vez algunos asalariados, se puede considerar una suposición razonable.

Los hombres que fueron llamados acudieron. La capacidad de las barcas ahora se colmó de pescados. El resultado fue que las dos barcas quedaron tan pesados, que se veían más y más bajas en el agua, llegando ésta a un nivel en que difícilmente podían impedir que las barcas no se hundieran.

Este es un ejemplo de la generosidad profusa de nuestro Señor. Cuando da, da sin restricción. “El da y da y sigue dando”.

6. Su majestad inefable

Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo:

—Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.

Por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él y de todos los que estaban con él, y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Este discípulo derrama su corazón en una humilde confesión y adoración. Cayó a las rodillas de Jesús. A esta altura algunos intérpretes experimentan una dificultad. No pueden entender esta posición y sugieren que el sentido probablemente sea que Simón cayó de rodillas ante Jesús. Esta dificultad, sin embargo, desaparece cuando se imagina a Jesús sentado. Había lugar para que Simón se postrara y para que los jornaleros de Simón caminasen ha-

ciendo su trabajo. Los peces estaban en la bodega.

Cuando Simón ahora pide a Jesús que se aparte de él, no hay que interpretar esto en forma demasiado literal, como si le estuviera pidiendo a Jesús que saliera del barco y caminara por el lago. Las palabras deben tomarse como una sincera y humilde expresión del reconocimiento de la propia indignidad por parte de este discípulo en contraste con la grandeza y la santidad de Cristo. Pedro tiene un sentimiento de reverencia hacia su Maestro y lo confiesa como su “Señor”. El asombro y el temor se habían apoderado de él y no solamente de él sino también de sus hombres y de sus socios, Jacobo y Juan. Han llegado a estar conscientes del hecho de que Jesús es sobrehumano, que en realidad, ¡es Dios! Repetidas veces en la Septuaginta (versión griega del Antiguo Testamento hebreo) se usa el título Señor como un equivalente de Dios. Instantáneamente, con la impresión producida por el asombroso milagro, Simón Pedro supo en su corazón que su “Maestro” era al mismo tiempo su “Señor”, verdaderamente digno de culto y adoración. En contraste con este “Señor”, Pedro era nada menos que un “hombre pecador”. En la presencia del Dios santo, el hombre pecador tiembla.

Se podría hacer la pregunta, “¿Cómo es que salió esta confesión de los labios de Simón ahora y no antes?” Después de todo, este no era el primer milagro presenciado por Simón. De hecho, Jesús había realizado una curación sobrenatural en la casa misma de este discípulo. La respuesta probablemente sea que este milagro en particular fue realizado en la actividad que Simón consideraba muy suya, esto es, ¡en la esfera en que se consideraba especialista: la pesca!

Cuando uno es confrontado con Jesús, es imposible permanecer neutral. Sus enemigos reaccionan ante sus milagros con odio y con injurias; sus verdaderos discípulos con respeto y reverencia. Ellos se inclinan y adoran.

7. Su profundo sentido misionero

Pero Jesús dijo a Simón:

—No temas; desde ahora serás pescador de hombres.

Trajeron a tierra las barcas y, dejándolo todo, lo siguieron.

Jesús, el bondadoso Pastor, ha tomado nota del alarmado sentimiento de Pedro. Es por esta razón que ahora da reposo a la mente de su discípulo. Enseguida le revela que este es un momento crítico, una encrucijada, en la vida de Pedro. Desde este momento cambiará la vocación principal de este discípulo. Simón ha estado pescando **peces**. De ahora en adelante pescará **hombres**. Ha estado pescando para **dar muerte**. Ahora pescará para **dar vida**,

esto es, será un instrumento en las manos de Dios para hacerlo. Todo esto bien podría estar sobreentendido en las palabras usadas en el original, que también se pueden traducir: “Desde ahora pescarás hombres vivos”, con la idea implícita “y para darles vida”.

Una vez antes Jesús había prometido: “Os haré pescadores de hombres”. Pero esta vez las palabras son más definitivas. Se indica claramente que esta etapa alterada en la vida de Pedro—y él, por cierto, representa a los demás discípulos—comienza aquí y ahora; también, que el esfuerzo se verá coronado con una medida de éxito: “pescarás hombres”. Además, la continuidad de la obra es enfatizada: día tras día, semana tras semana, mes tras mes, etc., estarás comprometido en esta obra grande y gloriosa (literalmente dice: “estarás pescando hombres”).

La razón por la que Jesús quería pescar hombres en la red de su evangelio y quería que sus discípulos siguieran su ejemplo era que ello constituía una parte muy importante de la tarea que el Padre le había asignado. Con el fin de cumplir esta tarea, había venido a la tierra. Para producir este resultado fue “enviado” por el Padre y Él mismo deseaba ansiosamente rescatar hombres de la muerte e impartirles vida, aunque Él comprendía muy claramente cuál sería el costo para sí mismo. ¡Qué amor más profundo! Sin embargo, su objetivo final no estaba centrado en el hombre, sino en Dios, que *Él* (Dios) fuese glorificado y que así se pudiera cumplir el ardiente deseo de los ángeles.

Así que se puede entender que, al meditar en la promesa de Jesús a sus discípulos que de ahora en adelante estarían pescando hombres, nosotros hablemos de su “profundo sentido misionero”.

Nótese que esta vez Pedro, Jacobo y Juan lo dejan todo atrás para seguir a Jesús. Nunca antes habían hecho tal cosa. Había habido un llamado a aceptar a Jesús de Nazaret como el Mesías; luego un llamado a ser compañeros más permanentes de Cristo, sin dejar su oficio de pescadores. Pero el llamado presente llevaba implícito el sentido de dejarlo todo.

Como se ha mencionado, este llamado estaba implícito, más bien que expresado. Estaba implícito en la promesa “desde ahora pescarás hombres”.

¿Cuán grande era el sacrificio que se les pedía que estos hombre hicieran? Para ser específicos: ¡estos hombres realmente dejaron sus peces, barcas, negocios, casas, familias!

Notemos que se dice: *Ellos* lo dejaron todo, aunque la promesa había sido hecha a Simón

solamente. Los demás discípulos entendieron correctamente que lo que Jesús había dicho a Pedro también les concernía a ellos.

¿Y qué pasó con los pescados? ¿Dejaron simplemente que se pudrieran? Por cierto que no. El que se había preocupado de que recogieran los restos de pan y pescado antes no habría permitido que esto sucediese. Si Zebedeo mismo aún vivía, él podía hacerse cargo de todo. Además, había asalariados. La rica provisión, podemos estar seguros de ello, tenía el propósito, de parte del Señor, de alimentar a muchos. Una parte se podía vender. Otra parte para los pobres. Había provisión para las familias de los pescadores.

¿Pero por qué una provisión tan grande? Viene el pensamiento de que Dios—Jesús, si así se prefiere—provee una cantidad tan grande a fin de librar a sus discípulos de toda preocupación por sus familias, como estuviera diciendo: “El que os ha bendecido hoy con tanta abundancia, ¿no seguirá cuidando de vosotros del mismo modo?” ¡Cuán grande eres Señor!

8. Conclusión

Aquí nos encontramos con un cambio decisivo en la carrera de Jesús. La última vez que le encontramos predicando estaba en una sinagoga y ahora se encuentra a la orilla del lago. Es verdad que volveremos a encontrarle en la sinagoga; pero se acerca la hora en que se le cerrará esa puerta y su iglesia es ahora la costa o el camino abierto y su púlpito, una barca. Irá adonde haya gente dispuesta a escucharle. Cuando se le cerraba la sinagoga, Jesús salió a los caminos abiertos. Así era Él, orientado completamente a su misión.

En esta historia encontramos lo que podríamos llamar una lista de condiciones para un milagro.

8.1. Un Señor omnisciente y omnipotente

Todo milagro requiere de un Señor sobrenatural. Por definición los milagros desafían la ciencia porque esta se ocupa de lo natural. Es solamente cuando la ciencia no tiene explicación de un fenómeno que volvemos nuestros rostros al Dios sobrenatural porque solo un ser sobrenatural puede hacer actos sobrenaturales.

8.2. El espíritu dispuesto a hacer un esfuerzo

Puesto que Jesús lo decía, Pedro estaba dispuesto a probar otra vez, aunque estaba muy cansado. El desastre de muchas vidas es que se rinden antes del último esfuerzo que podría cambiar las cosas.

8.3. El espíritu dispuesto a probar lo que parece inútil

La noche, que era el tiempo de la pesca, había pasado. Todas las circunstancias estaban en contra; pero Pedro dijo: « ¡Sean las circunstancias las que sean, si Tú lo dices estoy dispuesto a probar otra vez!»

Muchas veces no hacemos nada porque nos parece que no es el tiempo oportuno. Pero, si esperamos a que las circunstancias sean ideales, jamás empezaremos nada: Si queremos un milagro, tenemos que fiarnos de la palabra de Jesús cuando nos dice que probemos lo imposible.

En el texto que hemos estudiado vemos a un Señor sirviendo a Sus discípulos y luego vemos a esos discípulos entendiendo que debían servir a ese Señor. En la vida cristiana nos encontramos siempre con esa dupla de servicios. Vemos a un Dios amoroso cuidando, proveyendo y dirigiendo a Su pueblo y vemos a un pueblo dispuesto a servir a su Dios a través del servicio a su prójimo. Ese servicio lo vemos en forma de evangelización y discipulado a nuevos creyentes y como proveedores de alimento, vestido, techo y compañía a aquellos que se encuentran en momentos de necesidad.

Porque al Dios todopoderoso le adoramos y servimos. Él por otra parte nos ama y nos cuida. Esa es la preciosa relación de Dios con Su pueblo.